

D. Elvire: *De ses pareils la guerre est l'unique élément:
Accoutumés d'aller de victoire en victoire,
Ils cherchent en tous lieux les dangers et la gloire.*

.....
*S'y voyant sans emploi, sa grande âme inquiète
Vient bien de don Garcie achever la défaite.*
(Acto 1.º, escena 1.ª)

En Francia nunca han podido reinar las mujeres. Corneille, no por feminista, por supuesto, sino por buen psicólogo, pone en boca de la reina una reivindicación feminista.

D. Isabelle: *Que c'est un sort fâcheux et triste que le nôtre
De ne pouvoir régner que sous les lois d'un autre;
Et qu'un sceptre soit cru d'un si grand poids pour nous
Que pour le soutenir il nous faille un époux!*
(Acto 1.º, escena 2.º)

Es ésta una de las obras de Corneille en que más se sugiere que un plebeyo es tan capaz o más de acciones «nobles» y de sentido del «honor» que un auténtico aristócrata. Mas la consecuencia que de esto pudiera deducirse queda anulada al comprobarse al final que Carlos, el presunto hijo de un pescador, lleva en sus venas sangre real. La imagen de un villano capaz de «nobleza de alma» ha sido tan sólo un espejismo que al desvanecerse ante el espectador, refuerza todavía más la vigencia del prejuicio de casta. Lo que por un momento se ha creído posible aunque excepcional, no lo ha sido ⁴². El «orden» tradicional queda incólume. ¿Incólume? No del todo. Ciertas observaciones quedarán semiadormecidas en la conciencia de algunos. Lenta, muy lentamente irán tomando cuerpo, intensidad, se independizarán del contexto en que nacieron y estuvieron relegadas y alcanzarán un vigor insospechado. A veces, por caminos cuyo destino final ni siquiera vislumbraron los que los emprendieron, conducirán a nuevas maneras de pensar y de concebir la moral social; no progresarán casi nunca en línea recta, sino dando rodeos, por sendas imprevistas adquiriendo significados insospechados. ¿No resulta curioso que Corneille en su *Examen* de Don Sancho, opine que en la tragedia se da demasiada importancia a la calidad social de los personajes y muy poca a la acción? ¿Acaso no dice también que las cualidades de un héroe deben referirse no a su nacimiento, sino a los incidentes de su vida y a la calidad de sus costumbres? ¿No es cierto que el público se sentiría más interesado, más intensamente conmovido ante las desgracias ocurridas a personas de nuestra misma condición que por la representación de las que hacen oscilar los tronos de grandes monarcas con los que nada tenemos en común a no ser, algunas veces, las

français partir en Sicile au service du roi d'Espagne [...] ils n'ont guère d'autres moyens de se faire une place au soleil...»

⁴² JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Teatro y Literatura...* ha señalado cómo en nuestro teatro clásico es frecuente que si una persona noble se enamora de otra que no lo es porque ésta presenta caracteres propios de la nobleza, al final todo se resuelve mediante el socorrido recurso de descubrir que se trataba de un falso plebeyo, cuyo origen noble era desconocido y así todo queda en orden (págs. 54-72).

mismas pasiones? Y todo esto se le ocurre meditando acerca de en qué género debe incluir su *Don Sancho*. ¿Tragedia? ¿Comedia? Mejor *Comedia heroica*.

Y ahora tan sólo añadiremos que el *Don Sancho* sigue siendo hoy lo suficientemente estimada como para figurar en las ediciones en que solamente se recoge una selección de las mejores obras de Corneille.

Una «hagiografía oficial» como ha dicho Pierre Barrière, ha deformado tanto la historia del siglo XVII francés que todavía cuesta trabajo prescindir de su estereotipada imagen y tratar de verlo sin deformaciones falsamente idealizantes y embellecedoras. Por fortuna una crítica más profunda y, sobre todo, imparcial, a la luz de estudios sociológicos y políticos, está derribando la representación de un siglo XVII francés todo equilibrio, serenidad, razón y gusto depurado. El tradicional *siglo clásico* de los manuales de historia de la literatura francesa se nos aparece contradictorio, lleno de sombras de difícil penetración, atravesado por corrientes religiosas y filosóficas dispares que chocan o corren paralelas y que van desde la libertad de pensamiento de los libertinos eruditos —corriente, obvio es, soterrada y reprimida pero nunca aniquilada— hasta el triunfo oficial de la intolerancia católica plasmado en la derogación del Edicto de Nantes en 1695. El siglo XVII pierde así su falsa belleza y surge complejo, atractivo, interesantísimo. Alcanza lo que tal vez sea su mayor timbre de gloria: el constituir la etapa de transición hacia el siglo XVIII «el gran siglo» en palabras de Michelet.

Paralelamente, el estudio de sus grandes personalidades —no forzosamente las que han venido ocupando el primer rango— se hace más auténtico, más comprensivo y pone de relieve riquezas insospechadas. Y otras, favorecidas largo tiempo por esa «hagiografía oficial», pierden su falsa aureola y adquieren nuevo y distinto interés iluminadas desde otros puntos de vista. Este sería, a nuestro juicio, el caso del teatro de Corneille, que a semejanza de nuestro teatro clásico es un teatro fundamentalmente político al servicio de la monarquía absoluta.

Corneille, burgués educado por los jesuitas, de formación reaccionaria, pertenecía a su sociedad de antiguos alumnos, la *Congrégation des Messieurs*, que era la antesala de la *Compañía del Santo Sacramento*, al que las injustas realidades sociales de su época no le permitieron alcanzar todo lo que hubiera deseado, tuvo el tacto sutil de ensalzar las ambiciones y falsos prestigios que tanto apasionaban a la nobleza, sirviendo al mismo tiempo los intereses de la razón de Estado y del absolutismo. Como muy bien ha dicho Jean Duché «los jesuitas poseyeron el secreto de enseñar a un *hombrecillo* a reprimir sus pasiones bajo la apariencia de la cortesía»⁴³. Exaltaron en él para la mayor gloria de Dios, el sentido de la obediencia a la autoridad. Lo cual no obsta para que surjan en sus obras, lo mismo que en las de nuestros dramaturgos, observaciones y situaciones que para un lector de hoy, parecen iniciar una crítica renovadora. Y es que

⁴³ JEAN DUCHÉ: *o. c.*, tomo III, pág. 237. Precisemos que la Société du Saint-Sacrement fundada en 1627 era la más poderosa de las numerosas sociedades católicas laicas cuya principal misión era el conseguir el cumplimiento de lo ordenado en el concilio de Trento, así como la derogación del edicto de Nantes. Practicaban una actividad policíaca en las familias. Se dice que Molière atribuyó a su personaje *Tartuffe*, algunas de las características propias de gran parte de los individuos pertenecientes a esas sociedades.

todo gran escritor, incluso a despecho de sus intenciones, por sus dotes de observador inteligente y minucioso refleja siempre, en algún momento, la realidad. Y el reflejo de la realidad es siempre crítico.

El estudio de la obra de Corneille necesita una renovación de métodos y una nueva sensibilidad crítica y objetiva. No se puede seguir subestimando e incluso ignorando, la ingente influencia española en su teatro. Corneille admiraba y conocía bien nuestra literatura del siglo de oro —lo que no les suele ocurrir a los profesores que hoy le estudian— y la utilizó haciendo suyos argumentos, temas, detalles costumbristas y sobre todo, la psicología y correspondientes reacciones de los personajes. En este aspecto no ha creado absolutamente nada. Hay que dejar muy claro que Corneille carecía de inventiva y compensaba con su facilidad de adaptación poética y su gran instinto de la técnica teatral su indigencia de imaginación. Estaba dotado de un arte especial y poco común para injertar en un tema ajeno, con gran habilidad, tacto y pertinencia, características y alusiones propias de la situación de su país porque en definitiva, ya lo hemos dicho, la sociedad española y francesa de su tiempo, en sus líneas generales y modos de vida, no se diferenciaban demasiado. En gran medida, en las dos obras que todavía hoy proclaman su fama, *Le Cid* y *Le Menteur*, más se trata de traducciones que de meras adaptaciones. Podríamos decir que estamos ante «de belles fidèles».

Se echan de menos estudios que pongan aún más de relieve la clarividencia y el oportunismo político de Corneille, su penetración psicológica, el conocimiento de su época, la elocuencia en la expresión, la apertura, aunque a pesar suyo, hacia sendas emancipadoras y, porque toda palabra es acción, las alusiones a problemas y realidades que despertarán en otros pensamientos audaces y provocarán actitudes liberadoras.

Basta ya de falsas caracterizaciones, de hablar de hombres como debieran ser, de voluntad al servicio del deber, de escuela de grandeza de alma, de sacrificios emocionantes ante el honor, de héroes presuntamente estoicos, de personajes sublimes que «no son humanos, ni sobrehumanos, sino más que humanos» y otros galimatías. La literatura francesa es lo suficientemente bella y rica para necesitar oropeles. Basta ya de ponderar a Corneille por lo que no es suyo y olvidar lo que le pertenece. El prestigio de la crítica literaria francesa saldrá ganando.

OTILIA LÓPEZ FANEGO
C/ Rosario Pino, 8
28020 MADRID